

UN POEMA DE ARAGON

Editado por *Gallimard*, 128 págs. 1959, París.

Escribe: JORGE GAITAN DURAN

Aragon ya debe haber traspasado los sesenta años; su grupo —Eluard, Breton, Reverdy— puede situarse entre la generación de Saint-John Perse y la de René Char. Esta ubicación es importante para comprenderlo literariamente: Aragón oscila sin cesar entre la gran retórica y un lirismo vibrante, sombra y luz en perpetuo movimiento.

Aragon, quien fue figura clave del “surrealisme”, reemplaza este primer amor loco por dos amores más meditados: la extrema izquierda y Elsa Triolet, su esposa. Así, tras obras como “Fuego de alegría” o “El movimiento perpetuo”, su poesía va a estar centrada en su adhesión a una ideología y en su conyugal pasión: “Hourrah l'Oural” o “Le Musée Grevin”, por un lado, y “Cántico a Elsa”, “Los ojos de Elsa” y ahora simplemente “Elsa”, por el otro. Aragon fue también uno de los más escuchados poetas de la resistencia cuando la ocupación alemana en Francia; “Le Creve-Coeur”, “Le Musée Grevin” y también “Los Ojos de Elsa” están marcados hondamente por la tragedia francesa en la última guerra mundial, contienen muy bellamente todos los problemas de la derrota, desde la humillación nacional y la elección que el soldado o el ciudadano deben hacer entre abandono y comodidad o resistencia y riesgo hasta el dolor de los enamorados cuando la contienda los separa. Nunca Aragón ha sido tan buen poeta como entonces. ¿“Elsa”, cuya parte final fue escrita a comienzos de 1959, está a la altura de los otros libros de Aragon en donde canta su gran amor, amenazado por una historia turbulenta? Digámoslo claramente: “Elsa”, poema de amor escrito por un anciano, no tiene la frescura y a la vez el ardor, la intensidad en fin de los ya mencionados cantos a su compañera, escritos hace veinte años.

Es, sin embargo, un excelente poema, quizás una excelente demostración de muy rico y puro oficio poético: Aragon utiliza tanto el verso tradicional, en el cual según Emile Henriot, crítico literario de "Le Monde", este revolucionario es un maestro, como el verso libre y la prosa lírica. En tan fastuoso virtuosismo asoma cierta petulancia, cierta intención de deslumbrar, pero en última instancia lo importante es que deslumbra, que no obstante nuestro desasosiego termina por imponernos su esplendor.

El fondo, a mi parecer, es más discutible, tiene algo así como un sabor equívoco, no por falta de sinceridad, sino quizás por falta de un *vigor radical*. Aragon relata sus celos, su angustia, las pequeñeces y pobreza del hombre enamorado:

*¿Qué puedo hacer? Esos hombres pasaron por tu vida
y la mano que como moscas intentara apartarlos
Aparentemente tampoco a mí podría salvarme.*

Hay *debilidad* en esta confesión de un hombre de sesenta años, que en otras partes se convierte en vana cólera. El poeta desnuda ante los demás su vejez, sin trampas: su actitud merece estimación, pero no deja de causarnos malestar.

Otro aspecto curioso de "Elsa" es que Aragon —quien soportó sin fruncirse todas las aberraciones culturales del stalinismo— ignora de manera demasiado notoria la política e inclusive manifiesta "sentimientos negativos", lo cual está en contradicción con las tonterías del realismo-socialista:

*Hace treinta años que soy una sombra a tus pies
Un negro perro fiel que da vueltas alrededor de tus talones
Y que se oculta a mediodía bajo tu erguida estatura.*

Como se ve, lejos está el personaje de los héroes positivos que superan todos los cantos de sirena de la subjetividad y, Bayardos en tractor, sin inquietud ni conflicto, se ponen a construir el mundo nuevo. Resulta interesante que Aragon como poeta diga las cosas que calla como político.